

TRAZOS

RESEÑA DE PRENSA DE LA OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN COLOMBIA

No. 21

38 nuevos sacerdotes del Opus Dei fueron ordenados en Roma



NUEVA DIRECCIÓN
OFICINA DE INFORMACIÓN
Cra. 18 No. 88-17 • OFICINA: 205

En Brasil, V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe
Discurso de Su Santidad Benedicto XVI

San Josemaría Escrivá:
Un hombre siempre alegre

En Brasil, V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe

Discurso de Su Santidad Benedicto XVI

Viaje Apostólico
del Santo Padre Benedicto XVI



Fuente: www.vatican.va

1. La fe cristiana en América Latina

La fe en Dios ha animado la vida y la cultura de estos pueblos durante más de cinco siglos. Del encuentro de esa fe con las etnias originarias ha nacido la rica cultura cristiana de este continente expresada en el arte, la música, la literatura y, sobre todo, en las tradiciones religiosas y en la idiosincrasia de sus gentes, unidas por una misma historia y un mismo credo (...).

Pero, ¿qué ha significado la aceptación de la fe cristiana para los pueblos de América Latina y del Caribe? Para ellos ha significado conocer y acoger a Cristo, el Dios desconocido que sus antepasados, sin saberlo, buscaban en sus ricas tradiciones religiosas. Cristo era el Salvador que anhelaban silenciosamente. Ha significado también haber recibido, con las aguas del bautismo, la vida divina que los hizo hijos de Dios por adopción; haber recibido, además, el Espíritu Santo que ha venido a fecundar sus culturas, purificándolas y desarrollando los numerosos gérmenes y semillas que el Verbo encarnado había puesto en ellas, orientándolas así por los caminos del Evangelio (...).

La profunda devoción a la Santísima Virgen de Guadalupe, de Aparecida o de las diversas advocaciones nacionales y locales. Cuando la Virgen de Guadalupe se apareció al indio san Juan Diego le dijo estas significativas palabras: "¿No estoy yo aquí que soy tu madre?, ¿no estás bajo mi sombra y resguardo?, ¿no soy yo la fuente de tu alegría?, ¿no estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?" (*Nican Mopohua*, nn. 118-119).(...)

En las *Comunidades eclesiales* de América Latina es notable la madurez en la fe de muchos laicos y laicas activos y entregados al Señor, junto con la presencia de muchos abnegados catequistas, de tantos jóvenes, de nuevos movimientos eclesiales y de recientes Institutos de vida consagrada. Se demuestran fundamentales muchas obras católicas educativas, asistenciales y hos-

pitalarias. Se percibe, sin embargo, un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia católica debido al secularismo, al hedonismo, al indiferentismo y al proselitismo de numerosas sectas, de religiones animistas y de nuevas expresiones seudoreligiosas.

2. Discípulos y misioneros

Esta Conferencia general tiene como tema: "Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en él tengan vida" (Jn 14, 6).

La Iglesia tiene la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser *discípulos* y *misioneros* de Jesucristo. Esto conlleva seguirlo, vivir en intimidad con él, imitar su ejemplo y dar testimonio. Todo bautizado recibe de Cristo, como los Apóstoles, el mandato de la misión: "Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará" (Mc 16, 15). Pues ser discípulos y misioneros de Jesucristo y buscar la vida "en Él" supone estar profundamente enraizados en Él.

Una afirmación fundamental es, pues, la siguiente: Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano. La verdad de esta tesis resulta evidente ante el fracaso de todos los sistemas que ponen a Dios entre paréntesis. De aquí la importancia única e insustituible de Cristo para nosotros, para la humanidad. Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad.

Un gran medio para introducir al pueblo de Dios en el misterio de Cristo es la catequesis. En ella se transmite

de forma sencilla y substancial el mensaje de Cristo. Convendrá por tanto intensificar la catequesis y la formación en la fe, tanto de los niños como de los jóvenes y adultos. La reflexión madura de la fe es luz para el camino de la vida y fuerza para ser testigos de Cristo. Para ello se dispone de instrumentos muy valiosos como son el *Catecismo de la Iglesia católica* y su versión más breve, el *Compendio del Catecismo de la Iglesia católica*.

El discípulo, fundamentado así en la roca de la palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la buena nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo él nos salva (cf. Hch 4, 12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro.

3. "Para que en él tengan vida"

Los pueblos latinoamericanos y caribeños tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia. Para estos pueblos, sus pastores han de fomentar una cultura de la vida que permita, como decía mi predecesor Pablo VI, "pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura... a la cooperación en el bien común... hasta el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin" (*Populorum progressio*, 21).

La misa dominical, centro de la vida cristiana

Es necesario que los cristianos experimenten que no siguen a un personaje de la historia pasada, sino a Cristo vivo, presente en el *hoy* y el *ahora* de sus vidas. Él es el Viviente que camina a nuestro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta, entrando en nuestras casas y permaneciendo en ellas, alimentándonos con el Pan que da la vida. Por eso la celebración dominical de la Eucaristía ha de ser el centro de la vida cristiana.

Los problemas sociales y políticos

Llegados a este punto podemos preguntarnos: ¿Cómo puede contribuir la Iglesia a la solución de los urgentes problemas sociales y políticos, y responder al gran desafío de la pobreza y de la miseria en América Latina y del Caribe?, Es inevitable hablar del problema de las estructuras, sobre todo de las que crean injusticia. En realidad, las estructuras justas son una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad.

El trabajo político no es competencia inmediata de la Iglesia. El respeto de una sana laicidad –incluso con la pluralidad de las posiciones políticas– es esencial en la tradición cristiana. Si la Iglesia comenzara a transformarse directamente en sujeto político, no haría más por los

pobres y por la justicia, sino que haría menos, porque perdería su independencia y su autoridad moral, identificándose con una única vía política y con posiciones parciales opinables. La Iglesia es abogada de la justicia y de los pobres precisamente al no identificarse con los políticos ni con los intereses de partido. Sólo siendo independiente puede enseñar los grandes criterios y los valores inderogables, orientar las conciencias y ofrecer una opción de vida que va más allá del ámbito político. Y los laicos católicos deben ser conscientes de su responsabilidad en la vida pública; deben estar presentes en la formación de los consensos necesarios y en la oposición contra las injusticias.

Por tratarse de un continente de bautizados, conviene anotar la notable ausencia, en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas. (...)

4. Otros campos prioritarios

La familia

La familia, "patrimonio de la humanidad", constituye uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos. Ella ha sido y es escuela de la fe, palestra de valores humanos y cívicos, hogar en el que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente. Sin embargo, en la actualidad sufre situaciones adversas provocadas por el secularismo y el relativismo ético, por los diversos flujos migratorios internos y externos, por la pobreza, por la inestabilidad social y por legislaciones civiles contrarias al matrimonio que, al favorecer los anticonceptivos y el aborto, amenazan el futuro de los pueblos.

Los sacerdotes

Los primeros promotores del discipulado y de la misión son aquellos que han sido llamados "para estar con Jesús y ser enviados a predicar" (cf. Mc 3, 14), es decir, los sacerdotes. Ellos deben recibir, de manera preferencial, la atención y el cuidado paterno de sus obispos, pues son los primeros agentes de una auténtica renovación de la vida cristiana en el pueblo de Dios. A ellos les quiero dirigir una palabra de afecto paterno, deseando que el Señor sea el lote de su heredad y su copa (cf. Sal 16, 5). Si el sacerdote tiene a Dios como fundamento y centro de su vida, experimentará la alegría y la fecundidad de su vocación. El sacerdote debe ser ante todo un "hombre de Dios" (1 Tm 6, 11) que conoce a Dios directamente, que tiene una profunda amistad personal con Jesús, que comparte con los demás los mismos sentimientos de Cristo (cf. Flp 2, 5). Sólo así el sacerdote será capaz de llevar a los hombres a Dios, encarnado en Jesucristo, y de ser representante de su amor.

Quédate con nosotros, Señor, acompáñanos aunque no siempre hayamos sabido reconocerte. Quédate con nosotros, porque en torno a nosotros se van haciendo más densas las sombras, y tú eres la Luz.

38 nuevos sacerdotes del Opus Dei fueron ordenados en Roma

Pertenece a 18 países de los cinco continentes, dos son colombianos.

Tomado de: www.opusdei.org.co

Una 1.500 personas han acompañado a los 38 nuevos sacerdotes durante la ceremonia de ordenación que ha tenido lugar en la basílica romana de San Eugenio el pasado 26 de mayo. Entre los nuevos sacerdotes hay ingenieros, abogados, médicos, arquitectos, etc., pertenecientes a los más diversos países: Colombia, Alemania, México, El Congo, Venezuela, Francia, Kenia, Chile, Filipinas, USA, Brasil, Australia, etc.

En la homilía, Mons. Javier Echevarría, Obispo Prelado del Opus Dei, animó a los presentes a “buscar al Espíritu Santo en el fondo de nuestra alma”. Asimismo, con moti-

vo de la festividad de Pentecostés, ha invitado a los ordenandos y a quienes les acompañaban “a conversar con Él, a dirigirnos a Él en las situaciones más diversas. Nuestra vida ordinaria adquirirá entonces altura y profundidad, relieve sobrenatural”.

Les recordó además: “A vosotros, hijos míos diáconos, el Paráclito os dará, con el sacerdocio, la capacidad de enseñar con autoridad las verdades de la fe y de la moral cristiana. Seréis instrumentos suyos para iluminar a las almas y dar respuesta a las preguntas que tan a menudo agobian los corazones de tantas personas: el sentido del sufrimiento, de la vida y de la muerte; el inmenso amor de nuestro

Padre por todas sus criaturas; los deberes de justicia y caridad –que son inseparables– hacia todas las personas... Tened presente la enseñanza de San Josemaría: «Los sacerdotes sólo debemos hablar de Dios. No hablaremos de política, ni de sociología, ni de asuntos que sean ajenos a la tarea sacerdotal. Y haremos así amar a la Santa Iglesia y al Romano Pontífice».

Todos los ordenandos se aprestan para regresar en pocas semanas a sus países donde ejercerán de manera exclusiva su sacerdocio.

Ofrecemos a continuación una semblanza de los dos nuevos sacerdotes colombianos y algunas respuestas que nos han enviado para Trazos.

EFRAIN HENNESEY PRECIADO

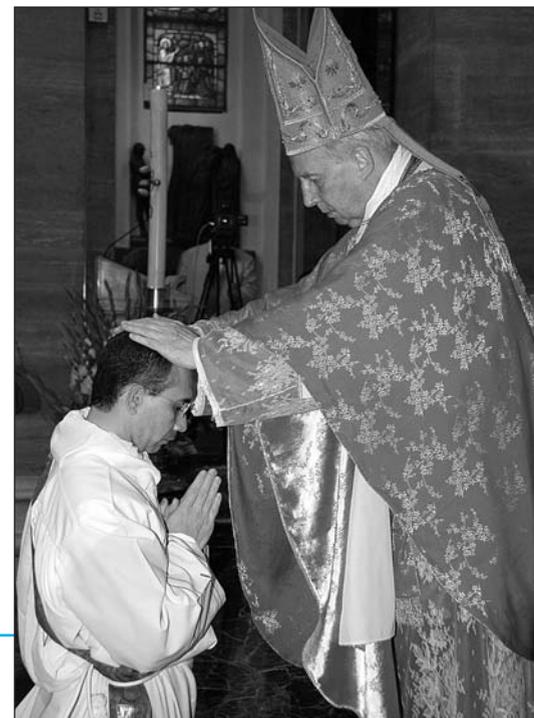
Médico Barranquillero de 43 años. Estudió en la U. de Cartagena y ejerció por varios años la profesión dentro del área de la medicina familiar. El nuevo sacerdote ha sido también profesor universitario. Efraín cursó sus estudios sacerdotales en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz en Roma, donde se doctoró en teología.

La pregunta de un sobrino: tío, ¿Qué se siente ser sacerdote?

Cuando se recibe el don del Espíritu Santo en el momento de la consagración sacerdotal, se siente una emoción muy grande, como es natural, por el solemne y sagrado momento que se está viviendo. Pero pienso que tu pregunta va más allá de tu curiosidad infantil, porque parece que intuyeras que hay “algo” que ha cambiado en la naturaleza de la persona, y que debería percibir el sujeto.

Hay unos cambios accidentales, de ropas, de costumbres, de actividad. Pero el cambio sustancial, que no se percibe con los ojos de la carne, es el verdaderamente importante. Dios toma a un hombre y lo consagra para que

Mons. Javier Echevarría, impone las manos al nuevo sacerdote Efraín Hennesey.



represente a Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Desde el momento de la ordenación el sacerdote es "otro Cristo", *Ipse Christus*, "el mismo Cristo" como decía san Josemaría Escrivá, y desde ahora, vive para hacer lo que Jesús hizo en el Cenáculo de Jerusalén: Confeccionar la Eucaristía, traer a Dios hecho Pan a los Altares del mundo.

Frente a ese misterio de fe y de Amor, lo que se siente es la desproporción infinita entre la pequeñez e indignidad de la criatura, y la grandeza y magnanimidad del Dios, que se hace presente bajo la forma de pan. Es la gran "Locura del Amor" de Dios por nosotros, que no sólo ha asumido nuestra carne

frágil para redimirla del pecado, sino que además, se queda oculto en el Sagrario, y se nos da como alimento, y prenda de la Vida eterna. Los sacerdotes no estamos confirmados en la santidad; de alguna manera estamos "obligados" a dejarnos llevar por el Espíritu, para luchar con docilidad contra los defectos, debilidades y pecados, como todos los hombres que caminan hacia la Casa del Padre. Debe enfrentar las tentaciones de todo género: el demonio, el mundo y la carne. Tiene que acudir regularmente a las fuentes de la gracia en el sacramento de la Confesión, para recibir el perdón, detestar con más fuerza el pecado, y crecer el capacidad de amar.

ANDRÉS FELIPE SUÁREZ BERRÍO.

¿De que ciudad de Colombia es usted y cuantos años tiene?

Tengo treinta y dos años soy abogado, nací en Medellín, el 17 de abril de 1975. Soy el séptimo hijo de una familia envidiable... ¡en la que ya hay bisnietos!. Estuve viviendo hasta el año pasado en Bucaramanga. Allí trabajaba en un colegio y atendía labores formativas en un centro del Opus Dei de esa ciudad.

¿Donde cursó sus estudios sacerdotales?

Hice la teología en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, en Roma y el doctorado en filosofía en la facultad eclesiástica de la Universidad de Navarra, en Pamplona (España).

Es sabido que el Fundador del Opus Dei hablaba de que todos –también los sacerdotes– procuraran tener mentalidad laical:

¿Quiere explicarnos en que consiste esa mentalidad?

Todos tenemos nuestras propias proporciones de la realidad, según las cosas que conocemos. La *mentalidad laical* es medir –también la vida de fe– con los parámetros de la vida ordinaria. La consecuencia de esa *mentalidad laical* para un creyente es vivir la fe con naturalidad. Amar al mundo sin querer salirse de él, para llevarlo a Dios.

Algunas personas ven la fe como si fuera un peso que quita libertad al hombre...

Esa tensión la vi reflejada en la vida de mi papá. Se llamaba Emilio y falleció cuando yo tenía apenas trece años. Fue un barranquillero de una sola pieza, que amaba el mundo y las discusiones serias sobre temas interesantes. Había sido bautizado y tenía cariño a la Virgen María desde su infancia; pero huía de cualquier manifestación pública de religiosidad.

Durante años se reunió periódicamente con un grupo de amigos para debatir temas variados, con el fin de crecer en

cultura y comprensión del mundo. Pienso que le atraía la libertad con la que se trataba cualquier tipo de argumento. Unos meses antes de su muerte dejó de frecuentar aquel grupo. En una las sesiones se habló en términos desfavorables sobre una verdad del cristianismo. Él intentó defenderla, al menos como cosa posible. Pero sin éxito. Y aunque admiraba a esos hombres, comenzó a sentirse a disgusto en aquel ambiente intelectual. Y decidió no volver. Tengo de él un recuerdo agradecido, lleno de cariño y admiración. Espero poder celebrar por él mi primera misa en Medellín.

¿Qué significa para usted ser sacerdote católico a comienzos del Siglo XXI?

Dar la posibilidad a todos los cristianos de acercarse al Dios que se puede tocar. A Jesús uno se puede acercar espiritualmente en la oración, en la Sagrada Escritura, e incluso en el trabajo de cada día. Pero también se le puede tocar físicamente... en la Eucaristía.

Siempre me ha impresionado una idea que San Josemaría transmitió de palabra y de obra: "*para servir, servir*". Me parece que éste es un programa capaz de llenar la vida de un sacerdote, de una persona casada o que vive el celibato por un motivo noble; o de cualquier otra persona común y corriente sea cual fuere su condición, estado o dedicación.

El Padre Andrés Felipe por las calles de Roma.



San Josemaría : Un hombre siempre alegre

Tomado de: www.escrivaworks.org



La alegría de don Josemaría Escrivá y de los miembros de la Obra también me impresionaron profundamente desde mi primer contacto con el Opus Dei. Lo que yo observaba no era algo meramente natural. San Josemaría había dejado escrito: *“La alegría que debes tener no es esa que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios”* (Camino, 659). Muchísimas veces, entonces y después, le oí al Fundador de la Obra una frase breve, que resume la raíz más honda de la alegría: *“Que estén tristes los que no saben que son hijos de Dios.”*

San Josemaría, como consta por las investigaciones biográficas realizadas, fue un hombre alegre desde los primeros tiempos en que sintió que Dios le pedía algo -y él era generosísimo en no negarle nada de lo que le pedía-. Su persona rebosaba y contagiaba esa alegría sobrenatural. Estar cerca de él, convivir en tertulias, escuchar su predicación, era siempre estimulante. Fue muy exigente en el cumplimiento de las virtudes cristianas, pero esa exigencia estaba impregnada de humanidad y de buen humor. Cuantos le han tratado testimonian que se pasaba muy bien junto a él, al mismo tiempo que se profundizaba en las urgencias de la lucha por la santificación cristiana, no sólo en un plano general y teórico, sino a la hora de la aplicación al detalle concreto de cada jornada, de cada momento. En medio de las contradicciones que Dios quiso que padeciera para forjar reciamente su alma, Josemaría Escrivá era un hombre a la vez profundo, serio y diverti-

do, porque vivía en cada instante de la fe y del amor de Dios. Entre los muchos carismas sobrenaturales que Dios le concedió, estaba también su buen humor y su gracia humana al decir las cosas.

Tal alegría sobrenatural no fue patrimonio de unos años ya pasados, sino que sigue vigente, después de más de setenta y ocho del nacimiento de la Obra, y tenemos la firme esperanza de que, con la gracia de Dios, seguirá calentando serenamente los corazones de tantos hombres y mujeres que sigan la enseñanza de San Josemaría: *“Quiero que estés siempre contento, porque la alegría es parte integrante de tu camino. -Pide esa misma alegría sobrenatural para todos”* (Camino, n. 665).

Varias veces oí decir a San Josemaría, explicando el ámbito sin límites de la alegría sobrenatural, está frase más o menos al pie de la letra: *“Padre, y si me abren la cabeza, ¿también tendré que estar alegre? -Sí, hijo mío, también, porque entonces es señal de que Dios quiere que la lleves abierta.”*

Sobre la alegría que me impresionó tanto al tratar al Fundador y a los primeros de la Obra he reflexionado después algunas veces. La encuentro en perfecta sintonía con lo que sabemos de los primeros seguidores de Jesucristo, tal como San Lucas nos la describe en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (Cfr., por ejemplo, Act 2,46-47); y con los escritos cristianos de comienzos del siglo II.

Caridad y cariño

En una meditación de aquellos meses le oí predicar algo que se me quedó grabado. Se refería a la historia de una mujer joven, enferma, cui-

dada por unas buenas religiosas. Cuando un sacerdote fue a visitarla para atender espiritualmente su alma le preguntó como se encontraba. Ella respondió que bien, que estaba muy bien atendida y que no le faltaba nada, pero añadió: *«Aquí me tratan con caridad, pero mi madre me trataba con cariño»*. El Padre tomó pie de esta pequeña historia para explicarnos como era nuestra fraternidad en la Obra: llena de amor sobrenatural, de caridad, pero empapada de cariño humano, cariño verdadero, sacrificado, sin gazmoñerías, pero que sale del corazón, que está en los detalles grandes y pequeños, que trasluce el calor al mismo tiempo fraternal, paternal y materno. Tal amor divino-humano configura no sólo la convivencia entre los miembros de la Obra, sino que les da el colorido, la alegría de vivir, la confianza en el arropamiento de los demás, cuando uno se siente necesitado; evitando siempre delicadamente las intromisiones en el terreno de la profesión, de exclusiva responsabilidad personal.

Desde luego esta manera de entender y de practicar la fraternidad me causó honda sensación de seguridad junto al Padre y mis hermanos, desde la primera hora hasta el momento en que escribo estas cuartillas. Se vivió en los comienzos de la Obra, al calor de la presencia física del Padre, y se sigue viviendo al calor de su legado espiritual y humano, en algo que constituye como una herencia familiar. Pero tal sensación no es ciertamente sólo mía, sino que ha sido percibida por quienes han tratado directamente a San Josemaría y a sus hijos espirituales.

Si yo no hubiera nacido

Por José Luís Olaizola Tomado de: Revista Telva



José Luís Olaizola, Premio Planeta.

En esta época, yo, el menor de nueve hermanos, no hubiera nacido.

«Pero yo sí» -me replicó mi mujer, que ha sido la segunda de tres hermanos-. Lo cual no me tranquilizó en absoluto, porque ¿qué hubiera sido de ella sin mí? Cierro que cuando la conocí tenía bastantes pretendientes, pero ninguno de mi gusto. Seguro que hubiera acabado haciendo alguna tontería. ¿Qué más cosas hubieran ocurrido si yo no llego a nacer? «Lo de tus libros -me recordó uno de mis hijos-, no hubieras escrito treinta y tantos libros». Eso, sin falsas humildades, no me parece una carencia notable para la humanidad. Este oficio de escribir libros es muy agradable para el que lo practica; se ejerce con libertad, no se depende de jefes ni tampoco hay subalternos que dependan de uno, pero tampoco la cosa da más de sí. Se trata de procurar que el lector no se aburra leyéndonos y, si de paso, logramos despertar sus buenos sentimientos, mejor que mejor. Pero de ahí a pensar que vamos a cambiar a la humanidad con nuestros libros, media un abismo. Y no digamos los escritores que sueñan con el reconocimiento de su obra por parte de la posteridad; los hay tan ilusos que hasta se preocupan de crear fundaciones para que se perpetúe su memoria.

Ese no es mi caso; estoy encantado de escribir y me considero suficientemente compensado cuando alguno de ustedes me dice que se ha reído leyendo determinado artículo mío; pero cuando me muera, confío en obtener compensaciones más sustanciosas que el hipotético reconocimiento de la posteridad, en forma de placa que recuerda la casa en la que nací.

Más me preocupa lo que hubiera sido de mis yernos si yo no llego a nacer porque, obviamente, no hubieran nacido mis hijas y ¿con quién se hubieran casado los pobres? ¡Ojo! Advierto que creo que todas mis hijas, hasta ahora, han hecho muy buenas bodas pero, las cosas claras, mis yernos las han hecho mucho mejor. Comprendo que todos los padres creen que sus hijos son los mejores, pero es que en mi caso es verdad. Aparte de ser muy agradecidas físicamente -en eso han salido a su madre- poseen la inexcusable educación que comporta su pertenencia a una familia numerosa; desde su más tierna infancia saben lo que es cambiar un pañal a un niño porque siempre había alguno detrás de ellas -bien hermano pequeño, bien sobriño- que requería tales cuidados. Para colmo, han sido

buenas estudiantes, han obtenido sus títulos universitarios, y hasta han sacado sus oposiciones al Estado. ¿Qué más se puede pedir? Cierro que son bastante mandonas y les gusta manipular a sus respectivos maridos -en eso también han salido a su madre-, pero ya se sabe que nadie es perfecto en este mundo.

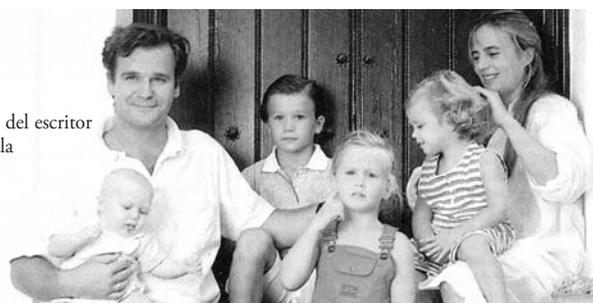
Como es natural, si yo no hubiera nacido y, por ende, no hubieran nacido mis hijas, tampoco hubieran nacido mis nietos y eso me parece todavía más grave, porque hay unos cuantos de ellos que me parecen absolutamente insustituibles y una auténtica desgracia para la humanidad su no nacencia. Criaturas encantadoras que hacen felices a mucha gente. No quiero ni pensarlo.

Y en este capítulo de los nietos todavía se habría producido una catástrofe de mayor entidad: no habríamos adoptado al indígena de los Andes colombianos que se ha convertido en el nieto emblemático de la familia Olaizola. ¿Se acuerdan? Aquel bebé de siete meses que contra viento y marea se trajo mi hija Lourdes de un asilo de la ciudad de Pasto, y que hoy en día, con casi diez, es lo más parecido que he visto a la alegría de vivir. Sólo porque este niño sea lo que es ahora, valdría la pena el que yo hubiera nacido.

Además es un nieto que trae cola porque como se me ocurrió escribir en estas mismas páginas sobre la aventura de su adopción, raro es el día que no recibo alguna carta de matrimonios sin hijos que requieren el asesoramiento de mi citada hija. Ésta se lo presta gustosa y son ya varias las adopciones en trámite gracias a aquel artículo. Supongo que cualquier día de estos harán a mi hija Lourdes ciudadana de honor de la República de Colombia.

Comprendo que toda esta evaluación que estoy haciendo, propia de la nostalgia que produce el clima, no tiene demasiado sentido puesto que es Dios, y no la planificación familiar, quien determina quién es llamado a la vida y para qué, pero lo que más me fastidia es que mi mujer, en lugar de condolerse ante la posibilidad de mi no nacimiento, me replica: «No te preocupes, ya me las hubiera arreglado».

Nietos del escritor Olaizola



Una sorpresa:

El libro Jesús de Nazareth del Papa Benedicto XVI

El libro de Benedicto XVI sobre Jesús supera un millón y medio de ejemplares vendidos. Hasta ahora ha sido publicado en Italia, Alemania, Eslovenia, Grecia, Polonia, Estados Unidos, Francia y Reino Unido. Se prepara la edición en castellano.

Tomado de: www.opusdei.org.co



Edición en alemán

Cuarenta y dos editores de todo el mundo han establecido acuerdos para la publicación. El volumen se está traduciendo a 30 idiomas. La obra de Benedicto XVI es un grandioso fresco, en dos partes, acerca de lo que el propio Pontífice ha definido como «el misterio Jesús».

Este análisis histórico y teológico de la figura de Jesús se fundamenta en un riguroso trabajo científico, desarrollado por Joseph Ratzinger durante más de 50 años. A lo largo de su vida, el actual Pontífice ha publicado más de 600 artículos y 100 libros.

El libro Jesús de Nazareth de Benedicto XVI, lo recomendaría a todos, dice el Dr. Bernardo Estrada, profesor ordinario de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz de Roma.

¿Podría presentarnos brevemente el libro Jesús de Nazareth de Benedicto XVI?

Se trata de un libro escrito por un grande teólogo, que al mismo tiempo conoce muy bien la Sagrada Escritura. Basta pensar en el casi cuarto de siglo en que el autor ha sido presidente de la Pontificia Comisión Bíblica, sin faltar a ninguna reunión. Y esto se nota en la interpretación de los textos que comenta. El libro contempla solo una parte de la vida de Jesús, desde el Bautismo hasta la Transfiguración. En un segundo volumen presentará la infancia y el resto de la vida pública, que culmina en el misterio pascual de la Pasión, muerte y resurrección.

El autor contempla la figura de Jesús en el conjunto de la tradición bíblica, en la que resalta la unidad del Antiguo y el Nuevo Testamento, hacer ver inmediatamente después que Jesús, anunciado por Moisés, es más grande que él, porque contempla a Dios cara a cara (cfr Joh 1,18).

¿Quién es Jesús para el Papa según lo que escribe sobre Él en su libro?

El Papa Benedicto XVI reconoce y aprecia todos los esfuerzos que se han hecho en la historia de la interpretación bíblica por conocer la figura de Jesús. Al mismo tiempo afirma que la verdadera imagen de Jesucristo sólo se puede lograr en unión con la Tradición que, sin desconocer la historia, presenta a Jesús resucitado de entre los muertos y Salvador de los hombres. Por esa razón, al inicio del libro, dice que su punto de partida es la convicción, proveniente de la fe, que Jesucristo es Hijo de Dios. Se evita la contraposición entre fe e historia, pues el Jesús de los Evangelios es la figura histórica que la fe de la Iglesia proclama.

Se trata de la fe profesada en el Concilio de Calcedonia sobre la persona del Verbo Encarnado, Dios y hombre verdadero. Desde esa perspectiva contempla y analiza diversas escenas de la vida de Jesús, con la preocupación de sacar una enseñanza para los cristianos de hoy, haciendo ver que la persona de Jesucristo es siempre actual, no conoce el ocaso.

¿A quienes recomendaría su lectura?

Sin dejar de ser un teólogo, El Papa Ratzinger se hace accesible en su libro a cualquier cristiano que tenga un mínimo de formación religiosa, los conocimientos básicos del Catecismo de la Iglesia Católica, y un poco de familiaridad con el texto del Evangelio. Por eso lo recomendaría a todos, sabiendo que su lenguaje es claro y directo. No faltan, es cierto, algunas referencias eruditas, características de un estudioso de la teología que conoce la Biblia; ellas sin embargo no frenan una lectura fluida y –en mi opinión– agradable.

De ahí que “un elemento fundamental” de la vida del ser humano sea “hablar con Dios y escucharlo”. Por eso Benedicto XVI ha dedicado un capítulo entero a la oración, explicando el padrenuestro, que Jesús mismo nos enseñó.

Oficina de Información de la Prelatura del Opus Dei en Colombia.

Cra 18 No. 88-17 • Oficina: 205 • Teléfono: 691 40 83 - 691 40 75 • Bogotá

E-mail: press@opusdei.org.co - www.opusdei.org.co